

De sombras
y de sueños
**Homenaje
a J. M.
Castellet**

Edición de Eduardo A. Salas Romo

De sombras y de sueños

Homenaje a J. M. Castellet

EDICIÓN DE
EDUARDO A. SALAS ROMO



EDICIONES PENÍNSULA

BARCELONA

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del «copyright», bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo públicos.

Comité asesor:
Antonio Chicharro, Genara Pulido y Enric Sullà.

Fotografía de J. M. Castellet:
© Pere Virgili.

Primera edición: diciembre de 2001.
© de los artículos: sus autores, 2001.
© de esta edición: Ediciones Península s.a.,
Peu de la Creu 4, 08001-Barcelona.
E-MAIL: correu@grup62.com
INTERNET: <http://www.peninsulaedi.com>

Fotocompuesto en V. Igual s.l., Còrsega 237, baixos, 08036-Barcelona.

Impreso en Hurope s.l., Lima 3, 08030-Barcelona.

DEPÓSITO LEGAL: B. 46.150-2001.

ISBN: 84-8307-418-4.

UN BALANCE DE LA TEORÍA Y CRÍTICA LITERARIA SOCIOLÓGICA EN ESPAÑA HASTA LOS AÑOS NOVÍSIMOS

por

ANTONIO CHICHARRO

(Universidad de Granada)

En todo caso soy el único responsable de una selección determinada, en parte por dejar testimonio de un quehacer que se ha producido en unas circunstancias históricas muy peculiares, definidas por la existencia de una censura implacable y por la ausencia de un debate intelectual libre y dialéctico. La pobreza de las culturas hispánicas actuales se debe, en buena parte, a estos dos hechos, irreversibles ya, a los que tendrán que referirse constantemente los historiadores del pensamiento durante la etapa franquista.

J. M. Castellet

1. No cabe duda de que uno de los capítulos que no deben faltar en la historia del pensamiento literario en España es el que da entrada a los estudios de estirpe sociológica, integrados a su vez en el superior marco de los estudios sobre literatura y sociedad cuyo sistemático tratamiento histórico en buena medida está por hacer, aunque existan aportaciones y monografías sumamente atendibles y aun otros estudios que, sin primar ese objeto, acaban refiriéndose a él inevitablemente.¹ Pues bien, en esta oca-

1. Lo cierto es que una historia de este dominio es en la práctica una historia de los estudios literarios sin excepción, pues todos empiezan o acaban planteando de algún modo esta relación. Ahora bien, si el historiador selecciona esta perspectiva es por su valor cualitativo a la hora de primar el conocimiento de un eje que atraviesa la historia que anda escribiéndose de los estudios literarios, un eje que explica el tratamiento de cómo se ha concebido el fenómeno literario en relación con la sociedad y en su dimensión social, qué función social se le atribuye, cómo se plantea el juego de las mediaciones y de la semiosis social, etc.

sión me dispongo a contribuir a esa serie de trabajos, ofreciendo solamente un balance de la teoría y crítica literaria sociológica que, entre nosotros, se ha hecho deudora de algún modo de planteamientos y principios teóricos materialistas históricos y dialécticos, esto es, marxistas, un balance—por razones de conveniencia y espacio—más en el sentido de indicación de ciertos resultados que, lógicamente, de rendimiento de cuentas de todo un proceso de análisis para el que necesitaríamos muchas páginas. Así pues, al tiempo que rindo mi particular homenaje a J. M. Castellet, pionero en tantas cosas de la vida literaria y cuya ética de la infidelidad—Vázquez Montalbán *dixit* (1970)—ha dado tan interesantes como controvertidos frutos críticos, siendo durante un tiempo pieza singular del panorama de la crítica sociológica en España, tiempo en que todo o casi todo estaba por hacer—la cita castelletiana con que abro estas páginas da cuenta de ese estado carencial—, trataré de señalar las magnitudes de lo que ha sido una actividad teórica y crítica que, con elementalidad y escasa originalidad por cierto, al menos durante varias décadas, ha sido deudora de un pensamiento de raíz antimetafísica y de progreso que ha puesto su esfuerzo en la comprensión de la literatura como complejo fenómeno social con un propósito práctico (*vid.* Chicharro, 1994: *passim*, entre otros). Quedan fuera, pues, de este balance numerosos desarrollos teóricos y críticos que, aunque se nutran de esa antiautoritaria raíz de pensamiento materialista, como ocurre con el no menor pensamiento anarquista² en España, guardan otra lógica interna. De igual modo

2. De esta raíz materialista también se nutren a su modo—no se olviden las polémicas relaciones entre marxismo y anarquismo, así como la importante presencia de este último en España desde sus comienzos hasta los años treinta y aun en el exilio—los anarquistas españoles, cuya vida cultural y reflexiones teóricas han sido objeto de un minucioso y fundamentado estudio por parte de Lily Litvak en su reeditado libro *Musa libertaria* (Litvak, 2001), en cuyo capítulo noveno se ocupa de la estética ácrata, de su concepción social del arte y de sus funciones cognoscitiva, liberadora y antiautoritaria, un arte y una literatura espontaneístas y vitales, comprometidos y realistas, proyectados socialmente a

dejamos de lado el tratamiento de otros aspectos de la vida cultural y literaria cuyo estudio viene a esclarecer los fundamentos de unas reflexiones y prácticas críticas tanto sociológicas como libertarias, aspectos estudiados, por citar un único ejemplo, en volúmenes como el titulado *Literatura popular y proletaria*, que cuenta con importantes colaboraciones como la de Mainer (1986). Tampoco me referiré a aquellos trabajos que se amparan de hecho bajo la ancha denominación de sociología de la literatura, esto es, trabajos que se ocupan extrínsecamente de aspectos relativos a la circulación de las obras literarias o bien se aplican al análisis de productos literarios masivos y de los llamados subliterarios o bien se limitan a lo que se conoce como sociología de los contenidos, aplicando modelos empiristas y estadístico-cuantitativos propios de la sociología,³ etc., trabajos de los que, entre otros, dio temprana cuenta en su día José-Carlos Mainer en su artículo «Sociología de la Literatura en España», al que remito (Mainer, 1973, y 1988: 107-116; *vid.* Salomon, 1974), y de los que se obtuvo poco bagaje teórico, tal como expone Riezu: «En España, entre los años 60 y 70, y siempre a remolque de corrien-

la mayoría. Destaco el particular interés que tienen estos desarrollos de pensamiento libertario sobre literatura y sociedad en nuestro país, que se prolongarán hasta los años del exilio (*vid.* Megías Cillero, 1998), aunque escapen a nuestro momentáneo propósito.

3. Me refiero a esa clase de estudios que, además de los históricos y eruditos que se aplicaron a las formas populares de literatura en España (*vid.* García de Enterría, 1983), como los de Andrés Amorós (*Sociología de la novela rosa*, de 1968, y *Subliteraturas*, de 1974), Santos Sanz Villanueva y José M^a Díez Borque («Sociología del fenómeno literario», *Cuadernos para el Diálogo*, XXIII, de 1970), Enrique Gastón (*Sociología del consumo literario*, de 1971), Baldomero Cores Trasmonte («La sociología de la literatura y el modelo socio-literario», *Revista Española de Opinión Pública*, 24, de 1971), el propio Díez Borque en solitario (*Literatura y cultura de masas. Estudio de la novela subliteraria*, de 1972), entre otros, suscitaron un tan notorio como momentáneo interés hasta el punto de poner de moda la etiqueta de Sociología de la Literatura en aquellos años, de lo que da cuenta la serie de artículos dedicada (Mainer, 1973; Ynduráin, 1973; Brotel y Salaün, eds., 1974, etc.).

tes centroeuropeas, la sociología de la literatura inició su presencia aunque con pocos resultados [...] no se dio, desde el principio, el suficiente bagaje teórico por parte de los sociólogos ni de los críticos literarios» (Riezu, 1993: 157). Estos trabajos comienzan a ser publicados además en un momento de renovación de los estudios literarios en España, coincidiendo su principio con el final de la crítica castelletiana del realismo histórico y el aluvión de traducciones estructuralistas y neomarxistas, etc.

Pues bien, independientemente de los análisis epistemológicos—ténganse en cuenta la ya larga discusión acerca de los paradigmas objetivistas, así como el fundamentado rechazo de todo holismo teórico—y demás reservas críticas que se le puedan formular al grueso de estas teorías por sus excesos deterministas y reduccionistas desarrollos vulgares, por su contenidismo, por su sobrepolitización y por su ya aludida elementalidad teórica, etc., no podemos dejar de reconocerles su aportación al desarrollo de un pensamiento literario que halla su fundamento en la racionalidad científica, es decir, que se orienta hacia la objetividad, se funda en la realidad y se sustenta en la razón, actuando directamente en contra del pensamiento estetizante y demás teorías caladas por planteamientos idealistas o lingüístico-inmanentistas que segregan las prácticas literarias de la historia, etc. (*vid.* Chicharro, 1994 y 1996; y Luzi, 1998-1999: 95, para una valoración actual del método sociológico en general y de los métodos socio-semióticos que se siguen hoy). Por lo tanto, aunque podamos enarcar la ceja a la hora de leer por ejemplo a buena parte de los teóricos y críticos social-realistas del medio siglo, si es que no han sido ellos mismos los que han cantado su palinodia—los celayas, los castellets, los juangoytisolos, etc. lo han hecho—por hablar de los próximos, no podemos olvidar su resistencia y su contribución a señalar con sus teorías y críticas un dominio de reflexión materialista en plena postguerra española, poniendo a su respectivo modo en relación la literatura y la sociedad, lo que ha alimentado por la vía deíctica y por la vía de su negación superadora el fuego de posteriores explicaciones sobre los procesos li-

terarios como aspectos particulares de procesos materiales de producción y reproducción de la vida social y cultural, lo que he tenido la oportunidad de analizar minuciosamente en el caso de Celaya (Chicharro, 1989).

2. Tras estas aclaraciones previas, debemos señalar abiertamente la raíz fundamental de este pensamiento, la marxio-engelsiana, a la que accedieron con graves dificultades, cuando pudieron hacerlo, algunos teóricos del medio siglo por cierto. Las reflexiones teóricas de Marx y Engels, recordemos, inauguraron un pensamiento materialista histórico y dialéctico sobre la sociedad con una finalidad transformadora, pensamiento emergente que fecundaría ulteriores reflexiones teóricas. Sin embargo, como es sabido, en el seno de sus aportaciones al conocimiento práxico de la historia, las reflexiones sobre la producción artística y la sociedad se presentan sueltas, aunque sean atravesadas por un engelsiano hilo rojo. Se trata de algunas reflexiones estéticas y actividades crítico literarias en particular sobre la condición superestructural del arte, la relación del origen del arte con el trabajo, su carácter cognoscitivo y la función desenajenante de la actividad artística, de las que resulta imposible extraer una teoría estética y menos una teoría de la literatura, aunque puedan fecundar dichos estudios. La trayectoria seguida por su pensamiento general sobre la historia, su más decisiva aportación a los estudios marxistas sobre literatura y arte ciertamente, como habría de revelarse después, y la tardía vida editorial que alcanzaron estas reflexiones—años treinta del siglo xx—, nos ponen sobre la pista de lo ocurrido al respecto. En cualquier caso, se estaba señalando hacia un replanteamiento de las relaciones entre literatura y sociedad, con la concepción de las prácticas artísticas como elementos superestructurales dependientes *en última instancia* de la base o infraestructura, lo que daría pie a numerosos desarrollos teóricos, vulgares y no vulgares, sobre el reflejo o mediación artísticos de muy larga vida posterior, al tiempo que a una legitimación del realismo de su tiempo como constante ar-

tística. Como es conocido, esta historia en sus desarrollos y consecuencias generales está escrita—ahí quedan los trabajos de Lifshits, Lukács, Demetz, Bozal, Sánchez Vázquez, Morawski, entre otros muchos (*vid.* Chicharro, 1994; Sánchez Trigueros, dir., 1996)—; sin embargo, en el caso de nuestro país, la historia de las teorías y demás reflexiones literarias y actividades críticas que se sustentan aquí está aún escribiéndose.

Si la historia general del marxismo teórico en España—también de la sociología (Giner, 1977)—, dificultada por las duras condiciones sociopolíticas vividas durante largos años de finales del siglo XIX y también del extinto siglo XX, sin olvidar la larga travesía del desierto franquista, es la historia de una debilidad comparativa, como se ha escrito (Fernández Buey, 1985: 25) y han demostrado algunos ensayos bibliográficos sobre la recepción del mismo (*vid.* Ribas, 1981) y puesto de manifiesto ciertas aproximaciones históricas (*vid.* Díaz, 1968, 1978; Abellán, 1993; Ribas, 1981 y 1990; y, entre otras páginas bibliográficas, Albiac *et alii*, 1978: 253-265 y 551-560), la historia de lo que convenimos nosotros en llamar también crítica sociológica⁴ es la no historia o la historia de un prolongado estado carencial (*vid.* Tuñón de Lara, 1977; Garrido Gallardo, 1982; Aullón de Haro, 1987, por citar sólo unos cuantos trabajos de vocación generalizadora) al menos hasta los pasados años sesenta y setenta en que se inicia un proceso de renovación del que aún somos deudores (*vid.* Martínez Romero, 1989; Chicharro, 1994, 1998/1999 y 1999; Sánchez Trigueros, dir., 1996).

Así pues, fueron pocos los intelectuales que se pusieron a trabajar en dicha perspectiva y menos los que conocieron en pro-

4. La cuestión de la denominación no es cuestión menor, aunque no puedo extenderme en consideraciones al respecto. El lector debe saber en cualquier caso que, si bien los planteamientos teóricos del marxismo son ajenos a los propiamente sociológicos, aquí empleamos nosotros también operativamente la etiqueta «crítica sociológica» para amparar con la misma los estudios sobre literatura de stirpe marxista (*vid.* Chicharro, 1994: 388-390; 1996), siguiendo una larga tradición al respecto continuada por, entre otros, Castellet (1976: 157-158) y Mignolo (1986: 49).

fundidad el pensamiento marxista—Jaime Vera fue el más notable, como es sabido—, un pensamiento que cuando comenzó a existir se dejó calar en nuestro país del positivismo de la época (*vid.* Fernández, 1981 y Núñez, 1975). Es el caso sobresaliente de Miguel de Unamuno, cuya etapa de pensamiento y militancia social marxista ha sido objeto de importantes estudios por parte de Blanco Aguinaga, Pérez de la Dehesa, Elías Díaz, Bustos Tovar, Gómez Molleda, Núñez y Ribas, entre otros, a los que remito. Pues bien, su visión es más intuitiva que teórica en relación con la cuestión central de literatura y sociedad que nos interesa. Su, por citar una significativa obra concreta, *En torno al casticismo*, y en concreto su primer ensayo, supuso la apertura desde nuevas coordenadas de un moderno cauce de reflexión sobre el ser y estar históricos de España bajo el signo de la responsabilidad ética, aportando con su noción de intrahistoria no sólo un preconcepto jungiano, sino también una idea acerca del río oculto de la vida histórica, la anónima vida colectiva, en detrimento de lo externo o gestual histórico, con lo que rechaza un concepto tradicional de historia y se adscribe a la modernidad teórica, ensayando una filosofía de la temporalidad. Sobresale, pues, que se ocupe de una realidad histórica y política llamada España y que le atribuya a su ensayo una función social eminentemente práctica, así como el establecimiento que plantea entre la individualidad y la sociedad, que concibe no excluyentes entre sí, resaltando que el soplo de libertad individual no elimina la ley de la solidaridad y subordinación social. La idea relativa al reconocimiento de la dependencia de las formas del espíritu y de las representaciones de un «proceso de ambientes» resulta, pese a ser propia del positivismo de su tiempo, de sentido y proyección también elementalmente marxista (*vid.* Chicharro, 1998b). Pero, acto seguido, cuando Unamuno reduce las diferencias de las representaciones de los hombres a traducciones de cierta unidad fundamental, sin la que los hombres no se entenderían, está reproduciendo muy a su manera esa idea marxista que pretende explicar universalmente la historia de la humanidad, la historia

de toda sociedad, reduciéndola a ser la historia de un solo elemento final (el de la lucha de clases, en el caso del materialismo histórico). Su idea por la que relega el arte a un segundo lugar frente al valor que posee una vida humana, le lleva a rechazar todo espíritu reaccionario, todo tradicionalismo historicista externo, así como le lleva a concebir—idea nuclear de la teoría marxista de un tiempo, con antecedentes en la poética clásica—la literatura como conocimiento cuando afirma que la mayor enseñanza se saca de los libros de viajes y de las obras de ficción antes que de las propias obras históricas, reproduciendo la idea de la literatura como «reflejo» de la realidad. Estas afirmaciones recuerdan las de Engels a propósito de la obra de Balzac. Claro que aquí no se agota Unamuno, pues dejó numerosos trabajos, artículos y correspondencia (*vid.* Unamuno, 1958-1961; Núñez y Ribas, 1992) de esta primera época en los que se observan intuiciones de interés para nuestro propósito (*vid.* Fernández Buey, 1985: 32-33).⁵

He incluido este excursus unamuniano para mostrar la contradictoria excepción—muy de corta vida por lo demás en el caso del escritor vasco—que confirma la regla de una inexistencia hasta los años prerrepúblicanos y republicanos en que se produce un pensamiento ensayístico de proyección práctica, muy activo en revistas y otros medios editoriales, y de muy corta vida al ser truncado por la guerra civil y al escindir-se en un peculiar desarrollo en el exilio y otro en el interior del país. Los años anteriores a la guerra resultaron, pues, años de variada preocupación por lo literario y lo social, muy animada por los acontecimientos históricos recientes en Rusia, etc., preocupación no exclusivamente marxista—ahí queda la filosofía de Ortega, las inquietudes e incipientes trabajos sociológicos entre nosotros de un Francisco Ayala que habrían de culminar

5. Una lista de algunos de los artículos y ensayos de Unamuno más señalados a la hora de plantear la idea del compromiso del poeta en tanto que «alma individualizada del pueblo» que da a conocer el ser popular en la obra, defendiendo su carácter humano, etc., puede verse en Carnero (1983: 8-9).

en su importante *Tratado de sociología*, en edición argentina de 1947, y en otros estudios sobre literatura y sociedad luego recogidos en *El escritor en su siglo* (Ayala, 1990), e incluso estudios literarios de miembros del Centro de Estudios Históricos de factura sociológica, esto es, como dice Mainer (1973: 73-74), estudios sociológicos que fueron hechos sin saberlo, al dar protagonismo Menéndez Pidal y escuela a las explicaciones históricas en detrimento de otras argumentaciones de cerrado sentido literario, etc., lo que no dejó de tener unos abiertos efectos políticos e ideológicos al suministrar valores y pautas canónicos de la literatura española (*vid.* Portolés, 1986; Abad, 1987; y Mainer, 1981, 1994, especialmente)—, preocupación por lo literario y lo social, digo, que culminará, pues, en un importante número de traducciones de textos teóricos de Marx, Engels, Lenin y teóricos de la IIª Internacional, etc., así como de los conocidos libros de Plejanov, *El arte y la vida social*, traducido en 1929 y que, reseñado por Sender en *El Sol* del 10 de julio de ese año, se empleó en la polémica en contra del arte deshumanizado (Fernández Cifuentes, 1982: 357), y de Trotsky, *Literatura y revolución*, traducido por primera vez en 1923 (Ribas, 1981; *vid.* Santonja, 1989), y culminará también en un trabajo intelectual de proyección política que apenas se dobla formalmente en el caso del pensamiento literario salvo para fecundar una poética rehumanizadora del compromiso político y de la literatura social (*vid.* Esteban y Santonja, 1987 y 1988; Cano Ballesta, 1972; Lechner, 1968) o librar una encendida batalla en la revista de turno sobre la función del intelectual en la sociedad, sobre arte puro y arte impuro, sobre arte, individualidad y colectividad, etc., lo que va a fecundar la extensión cultural, la difusión popular de las artes y, como reconocen Tuñón de Lara y Abellán en sus respectivos estudios históricos, la exaltación de la cultura popular, radicalizándose todo este programa de acción cultural en los años republicanos.⁶

6. Aquí alcanzan justificación las Universidades Populares, las Misiones Pedagógicas y las compañías de teatro universitario como La Barraca. Como es de sobra conocido, ni el poeta Antonio Machado ni el poeta y autor teatral Fede-

Pero, a pesar de ese ambiente polémico y de abierta lucha ideológica y estética, las reflexiones y ensayos teóricos marxistas y/o marxistizantes, por decirlo con un término de Araquistáin, sobre literatura no son tan abundantes como las obras de literatura social que casi la totalidad de críticos y teóricos sociológicos de este momento vienen alternando en su escritura con la propiamente reflexiva y crítica. Es más, Tuñón de Lara hace derivar la teoría de la literatura social de esa serie de corrientes creadora y crítica: «Todas estas corrientes cristalizan en una teoría de la literatura “comprometida” a la cual creemos se llega a través de esa crítica del hecho social (histórico) contemporáneo, en la que se inserta la criatura imaginaria (relativamente) del autor; una visión y hasta un método de lo literario que reconoce la realidad del engarce cotidiano entre lo dramático-conflictivo individual y su encuadramiento socio-histórico» (Tuñón de Lara, 1977:258). Pues bien, sobresale en todo caso el libro de José Díaz Fernández, *El nuevo romanticismo. Polémica de arte, política y literatura*, de 1930. Con este estudio, su autor se propone teorizar acerca de la necesidad de un arte y una literatura para la vida, un arte y una literatura sociales de verdadera vanguardia o «literatura de avanzada», expresión que él acuña para evitar confusiones con las vanguardias formales. Para Díaz Fernández, el arte y la literatura nuevos, que como todo arte y literatura resultan influidos por el desarrollo de las fuerzas productivas, deben exaltar lo humano y apuntar hacia la consecución de un orden social justo. Para él, el nuevo romanticismo—usa el nombre de tan antiguo movimiento por el crédito que le merece por su orientación a la vida, etc.—no es otra cosa que un modo de designar esta nueva literatura rehumanizada que debe estar en consonancia con la civilización industrial, una literatura a cuyo servicio habría de poner «la depurada técnica vanguardista, cuyo estilo tre-

rico García Lorca fueron ajenos a estos proyectos que, con espíritu crítico, trataron de «articular el hecho cultural en la totalidad de los hechos sociales» (Tuñón de Lara, 1977: 265; *vid* Abellán, 1993: t. 8, 423-428).

pidante y fragmentario consideraba el más adecuado para reflejar la problemática de la sociedad moderna, pero poniendo mucho énfasis en denunciar los peligros que supondría elevar dicha técnica a la categoría de objetivo final» (Esteban y Gonzalo, 1987: 11).

Claro que no faltaron otros trabajos reflexivos ni, estos sí en mayor cantidad, textos críticos. Citaré a algunos de sus autores y las revistas más significadas en este sentido, sin referirme a las obras de creación (*vid.* Esteban y Santonja, 1987 y 1988). Por ejemplo, los distintos artículos de un por entonces radical escritor y periodista Ramón J. Sender, aparecidos en los más importantes diarios y revistas del momento sobre numerosos aspectos del realismo, de la literatura social y del teatro de masas, un teatro que él concibe como teatro del realismo dialéctico con el que apunta al porvenir y unas masas que no son otra cosa que el proletariado, al que dedicará su libro *Teatro de masas*, de 1932, en el que recoge numerosos artículos sueltos, de los que resultan particularmente importantes los dedicados a la cuestión del viejo y nuevo público y al rechazo del teatro reformista (Sánchez Vidal, 1984: 713-717; Collard, 1992). Sus artículos «El realismo y la novela» (*La Libertad*, 6, enero, 1933), «La cultura española en la ilegalidad» (*Tensor*, agosto, 1935; en Esteban y Santonja, 1988: 141-158), «El novelista y las masas» (*Leviatán*, mayo, 1936; en Esteban y Santonja, 1988: 159-170), entre otros muchos, vienen a plantear la unión entre literatura y vida, la concepción del realismo como actitud ante la sociedad más que como cuestión formal, el rechazo de una literatura deshumanizada, personalista, espiritualista o elitista y, paralelamente, la proclamación de la necesidad de una literatura realista como un modo dinámico de captar un estado colectivo de conciencia, sin olvidar una aproximación histórica a la literatura española con la que entronca el nuevo realismo (Collard, 1983). Por su parte, César M. Arconada, en quien puede personalizarse ejemplarmente el paso de posiciones vanguardistas a posiciones de «avanzada», desplegó una importante actividad creadora y crítica que no se limitó al arte lite-

rario, pues llegó a ocuparse del cine y de la música, si bien lo que interesa subrayar es una aportación reflexiva por lo que guarda de modelo histórico-crítico y de afirmación de la corriente de la literatura social y del compromiso del escritor de su momento. Así, en el número uno de la revista *Octubre*, correspondiente a junio y julio de 1933, publicó el artículo «Quince años de literatura española» (Arconada, en Esteban y Santonja, 1988: 114-122), además de «La doctrina intelectual del fascismo español» y «El fascismo no puede crear una cultura» (Arconada, en Esteban y Santonja, 1988: 123-128 y 129-140), en los que somete a radical análisis crítico al fascismo emergente al tiempo que proclama las posiciones comunistas. En el artículo de nuestro interés, comienza planteando históricamente, desde un explícito «análisis dialéctico materialista» que en sí mismo enseña el ensayo de un modelo de acercamiento a la literatura que se quiere objetivo⁷ al buscar las causas de los asuntos literarios en hechos de orden social y económico (*vid.* Tuñón de Lara, 1977: 287-289), la compleja relación entre el intelectual y el pueblo desde el siglo XVIII en adelante, con objeto de fundamentar su análisis de los quince últimos años de la literatura española y, tras aducir algunas causas históricas del surgimiento de la literatura de vanguardia, acabar pronunciándose en contra del tipo de revolución que este arte marginal y deshumanizado proclama, manifestando la necesidad de un compromiso del escritor en su situación presente, con objeto de conseguir una nueva sociedad, una sociedad socialista. Este análisis es, además, preciso en tanto que parte de un conocimiento de primera mano de autores, obras y movimientos contemporáneos suyos. El nombre de Luis Araquistáin tampoco

7. En realidad, tal como ha planteado Fernández Buey (1985:34), sobresale en las reflexiones marxistas de la España prerrepública y república, un rasgo común que no es otro que su carácter ensayístico, incorporando el conocimiento de las obras de Marx con una función político-práctica, lo que no impidió que aquellos intelectuales apuntaran al corazón de las cuestiones principales del debate. Se trata, como diría el propio Luis Araquistáin, de un pensamiento marxizante (*vid.* Araquistáin, 1962 y 1980).

debe ignorarse, aunque sobresaliera más en otras actividades políticas, periodísticas y de creación que en las propias del pensamiento literario. Su responsabilidad al frente de la revista *Leviatán* es sólo una muestra de ello. Por otra parte, el libro *La batalla teatral* es signo de su inteligente preocupación por la relación entre teatro y sociedad en España y de su conocimiento del teatro europeo de su tiempo.

En un momento histórico de consolidación de las organizaciones políticas y sociales de izquierda como hasta entonces no se había conocido en España, no puede ignorarse la importancia que algunas revistas y otros medios editoriales alcanzaron como instrumentos de difusión, debate y lucha ideológica en todos los frentes y, cómo no, también en el literario (*vid.* Aznar, 1978), lo que se agudizará en el periodo de enfrentamiento bélico. La literatura social y su aparato teórico acerca de las ideas de rehumanización y nuevo realismo, de la cuestión del compromiso y la función del arte literario, etc. alcanzaron una importante difusión en estos medios, tal como hemos podido apreciar y revelan los estudios a ellos dedicados por Marta Bizcarrondo (1975), Andrés Soria Olmedo (1978), Anthony Leo Geist (1980), Gonzalo Santonja (1986 y 1989) y César Antonio Molina (1990), por citar sólo unos cuantos. Son los años de *Post-Guerra* (Madrid, 1927-1928), *Nueva España* (Madrid, 1930), *Octubre* (Madrid, 1933-1934), *Leviatán* (Madrid, 1934-1936), *P. A. N.* (Madrid, 1935), *Tensor* (Madrid, 1935), *Nueva Cultura* (Valencia, 1935-1937), *Hora de España* (Valencia, 1937-1938), revistas que, ya abiertas o de partido, ya frentepopulistas, conocen las colaboraciones si no la dirección de José Díaz Fernández, César M. Arconada, Luis Araquistáin, Rosario del Olmo, Rafael Dieste (*vid.* Casas, 1997), J. Renau, Ramón Gaya, Antonio Machado, Ramón J. Sender, Max Aub, Rafael Alberti, Luis Cernuda, Emilio Prados, Segundo Serrano Poncela, Arturo Serrano Plaja, Antonio Sánchez Barbudo, José Fernández Montesinos, Juan Chabás, entre otros. Estas revistas, en mayor o menor grado, se proyectan a la mayoría, cuando no se reclaman del pueblo, establecen una alianza entre

literatura y política, dan cauce a la literatura social y a las reflexiones y críticas en esta dirección en unos años convulsos en que todo parecía posible hasta que la guerra civil inició el ahogo de toda esperanza y el resultado de la misma supuso su final. Comienza así un tiempo de destrucción, de muerte y de exilio interior y exterior. El nuevo romanticismo ensayado, la literatura de avanzada y la poética y crítica social-realista, con sus grupos e instituciones editoriales, sufrió los efectos de la derrota, con la dispersión, desaparición o muerte de quienes pusieron en ellos su mejor esfuerzo e inteligencia.

Tras la guerra, la parte de los intelectuales españoles republicanos, herederos del liberalismo y de la izquierda (*vid.* Gullón, 1977), que quedó y pudo hacerlo emprendió un largo exilio europeo y norteamericano, fecundando con sus estudios el panorama del país que respectivamente acogió a estos exiliados una vez desarraigados y fracturada su relación con el público español, al menos durante las primeras décadas. Emprendieron todo tipo de estudios literarios, fundamentalmente aplicados, desde los netamente filológicos a los estilísticos que andaban desarrollándose con fuerza, desde los historicistas a los de explícita o implícita proyección sociológica y, por supuesto, entre éstos y en menor número de casos se desarrollaron estudios de estirpe marxista. En este sentido, sobresale el nombre del filósofo Adolfo Sánchez Vázquez quien, si bien no dedicado a cuestiones literarias salvo en el caso de algunos artículos de los años cincuenta sobre Alberti, Antonio Machado, León Felipe, etc., produjo una serie de estudios teóricos sobre el marxismo y la estética, así como sobre el concepto de praxis, empleando para ello una perspectiva crítica y renovadora, muy lejana a toda ortodoxia social-realista y estalinista, que sin duda ha fecundado los estudios literarios sociológicos en los países hispanoamericanos de las dos orillas del Atlántico y en otros países como ponen de manifiesto las traducciones de sus libros.⁸

8. Para el conocimiento de las teorías de Sánchez Vázquez, así como de su trayectoria intelectual, académica y biográfica, resulta imprescindible acudir al

Su antología de textos teóricos sobre las más diversas cuestiones de estética y marxismo —el marxismo y la estética; la esencia de lo estético; la naturaleza del arte; la obra de arte; arte, ideología y sociedad; arte e historia; valoración estética y crítica artística; realismo y arte moderno; arte y capitalismo; arte y socialismo; y arte y política—es un buen ejemplo de la apertura y discusión de planteamientos que desde 1917 en adelante han mantenido una relación lógica con el pensamiento de Marx y Engels (Sánchez Vázquez, 1970). En dicha obra expone una fundamentada y extensa introducción sobre los problemas más controvertidos de la estética marxista, a partir de su idea de la misma como teoría de una praxis creadora específica, es decir, una concepción que permite dar cuenta no sólo de las diferentes formas que históricamente asume el arte, sino también explicar sin caer en el sociologismo determinados fenómenos artísticos-sociales (Sánchez Vázquez, 1985:8). Todo ello como fruto de una rigurosa investigación desarrollada en los años sesenta que se plasmó en su libro *Las ideas estéticas de Marx (Ensayo de estética marxista)* (Sánchez Vázquez, 1965). Sánchez Vázquez parte, pues, de una concepción de la praxis como un gozne en que se articula el marxismo en su triple dimensión de proyecto, crítica y conocimiento (Sánchez Vázquez, 1985: 9), rechazando el teoricismo, así como toda estética y teoría del arte normativas y las que consagran el arte realista como el arte auténtico, concibiendo el arte por el contrario como una forma de praxis cuyo fundamento reside en el trabajo humano.

No pueden faltar en este balance los nombres de otros críticos exiliados o hijos de exiliados que también dieron cauce, con mayor o menor calado, a una perspectiva sociológica en sus estudios literarios. Por ejemplo, Juan Chabás, autor de una *Historia de la literatura española*, de 1932, y del libro *Literatura Española*

número 52 de la revista *Anthropos*, correspondiente a agosto de 1985, número dedicado monográficamente al mismo. Su autobiografía intelectual, sus reflexiones sobre el exilio, su completa bibliografía, a los que hay que sumar algunos textos sobre su obra, resultan esclarecedores.

Contemporánea, 1898-1950, publicado poco antes de su muerte, en 1952 y reeditado este mismo año (Madrid, Verbum, 2001), del que Sobejano ha valorado su inteligencia y la aplicación de criterios marxistas y el rechazo de toda forma de egocentrismo artístico (Sobejano, 1961:83). También, José Fernández Montesinos quien en su *Introducción a una historia de la novela en España en el siglo XIX*, por ejemplo, aplica indagaciones histórico-sociológicas plenas de erudición; Vicente Llorens y sus reconocidos estudios sobre el romanticismo y el exilio; Gonzalo Sobejano y su estudio de las formas literarias como formas de sensibilidad social; y, entre otros, Carlos Blanco Aguinaga, autor de importantes estudios sobre Unamuno, sobre la historicidad de la literatura y coautor, pasados los años novísimos ciertamente, en 1979, de una polémica *Historia social de la literatura española (en lengua castellana)* sostenida teóricamente en una «Explicación previa» de explícita perspectiva marxista (*vid.* para la crítica del exilio, Gullón, 1977; Díaz, 1978: 19 y ss. y 49 ss.; Molina, 1990; Mateo, 1997, entre otros). Pasado el tiempo, estos intelectuales se fueron incorporando gradualmente mediante sus libros e incluso con su propia presencia física a la vida cultural y política de España, cerrándose así uno de los acontecimientos históricos más lamentables de la realidad española. Estos nombres y los ya referidos al hablar de los años de preguerra son sólo una muestra de ello.

Pero no toda la razón española se embarcó para América ni se dispersó por Europa. En el interior, quedó en situación de derrotado un buen puñado de intelectuales, otro puñado se iría formando en esta dirección, que derivó hacia posiciones literarias y políticas comprometidas de izquierda—no se olvide que un modo de compromiso y una reaccionaria idea de rehumanización sostuvieron los proyectos del orden cultural nuevo del régimen franquista en sus comienzos, lo que ya estudiara Julio Rodríguez Puértolas—lo que hizo posible la aparición de ciertas teorizaciones literarias marxistizantes de elemental y directa proyección política en coexistencia con una corriente creadora que culminaba hasta ese momento el proceso rehumanizador inicia-

do en los años treinta, sirviendo de eslabón las poéticas y creaciones existencialistas que prendieron con fuerza en la mitad de la década de los cuarenta, tal como puede comprobarse ejemplarmente en Celaya (*vid.* Chicharro, 1989) y Castellet (*vid.* Salas, 2000). Se inauguran los años del social-realismo o de la poesía, novela y teatro sociales,⁹ en los que tanto tuvieron que ver los Celayas, los Sastres, los jóvenes juangoytisolos, los Castellets lukacsianos, debatiendo sobre literatura, realidad y política, sobre literatura, comunicación y conocimiento, sobre literatura, ética y estética, sobre posibilismo e imposibilismo, sobre realismo y simbolismo—término con el que se nombraría una vez más la literatura deshumanizada o evasiva o irrealista o formal—, lo que cumplió un papel importante a falta de estudios marxistas españoles de ambición teórica y rigurosidad epistemológica que, en buena lógica, no tardarían en producirse, pero que en los cincuenta y primeros sesenta no pudieron escribirse, tal como afirma Elías Díaz: «En concordancia con esas exigencias del trabajo intelectual, puede decirse que en la España de estos años [1956-1963] el marxismo se exterioriza antes como metodología que como propia filosofía; es decir, antes como utilización de unos ciertos esquemas de interpretación de la realidad y de unos ciertos criterios científicos que como construcción de una concepción teórica totalizadora» (Díaz, 1968: 11). Son años de resistencia y disidencia. Son años en que dos ciudades, Madrid y Barcelona, acogen los dos núcleos más importantes de escritores

9. Como el lector habrá comprobado hasta aquí, dados los límites de este trabajo, al tratar de alguna cuestión de especial relevancia o de una corriente creadora suelo remitir a algún estudio por si desea ampliar su información. Ahora bien, en el caso de la literatura social-realista de postguerra es tal la cantidad de trabajos existentes que me veo obligado a optar por dos estudios recientes que a su vez arrastran toda la bibliografía de interés. Se trata de la extensa introducción a la nueva edición de *Poesía social española contemporánea. Antología (1939-1968)*, de Leopoldo de Luis, debida a Fanny Rubio y Jorge Urrutia (2000: 9-175), y de la monografía *La novela social española. Conformación ideológica, teoría y crítica*, de Francisco Álamo (1996).

y críticos que desarrollan hasta donde les es posible hacerlo una literatura social-realista y un pensamiento paralelo de indudable proyección a pesar de la censura y demás instrumentos—muchas veces desde dentro de ellos y no sin contradicciones—del régimen franquista.

Las ideas básicas con que se opera por estos años en buena parte de los trabajos teóricos y críticos podrían resumirse así: la literatura y el arte son *reflejo* de lo real y por lo tanto una forma de conocimiento de esa alteridad, a la que se le reconoce su primacía materialista, por lo que el modo realista de escritura resulta imprescindible; el autor es un ser social cuya subjetividad queda puesta en entredicho, constituyendo su obra el resultado de diversas mediaciones y determinaciones sociales; al mismo tiempo, la obra social-realista hace suyo el principio de teoría y praxis, por lo que se atribuye una función de intervención transformadora de lo real, llegándose a proponer incluso la disolución del hecho artístico para cumplir una función extraestética como la política; el escritor social, en tanto que escritor comprometido, debe focalizar su atención entre texto y sociedad de manera expresa, lo que se traduce en una literatura de temática social atenta sobremanera al momento histórico y orientada a un sector de la sociedad, el sector del hombre cualquiera, la inmensa mayoría. Pues bien, muchos de estos planteamientos, de los que se hicieron usos que van desde el dogmático al dialéctico, sin olvidar el vulgar y reduccionista, fueron objeto poco después de críticas desde posiciones teóricas materialistas más fundadas que iniciaban con ese rechazo precisamente una renovación hacia posiciones más complejas. En este sentido, Gabriel Celaya despliega una importante labor reflexiva y crítica que podría ser representada con su libro *Poesía y verdad (Papeles para un proceso)*, de 1959, sin que esto impidiera su personal momento de renovación teórica que se concreta en *Inquisición de la poesía*, de 1972. Juan Goytisolo, por ejemplo, publica *Problemas de la novela*, en 1959, sin que las radicales posiciones social-realistas allí mantenidas impidieran su posterior evolución y ruptura. Alfonso Sas-

tre da a la imprenta su reflexión desde el «nihilismo socializante» *Drama y sociedad*, en 1956, donde revisa la poética aristotélica y se pronuncia sobre el social-realismo, llegando posteriormente a publicar su «lanza por el realismo en tiempos de mucha confusión» titulada *Anatomía del realismo*, de 1965. A estos nombres que representan la reflexión sociológica de ese momento en torno a cada uno de los géneros literarios, podrían añadirse otros muchos más. Pero no se trata tanto de agotar una nómina como de señalar una magnitud. Ahora bien, en este balance no debe faltar el nombre de quien desde un principio se situó en el espacio de la crítica y de la reflexión específicamente. Me refiero a Castellet.

La verdad es que, desde sus primeros trabajos críticos, tal como escribe Salas (2000: 517; *vid.* 1998), quien ha estudiado la actividad teórica y crítica de J. M. Castellet en todo su alcance y complejidad, el crítico barcelonés ha tendido a confundir los límites de su actividad con los de la sociología de la literatura. Por eso, se comprende la evolución de sus planteamientos objetivistas acerca de la obra literaria a los propiamente realistas, así como se entiende que de su preocupación social por autores y lectores se orientara a planteamientos propios del materialismo histórico y dialéctico. Sus reflexiones sobre realismo e historia, de clara estirpe lukacsiana, como lo es su categoría de *realismo histórico* empleada en la labor crítica; su concepción de la obra literaria como expresión de su tiempo cuando es auténtica, por lo que su forma y contenido resultan determinados socialmente, lo que se acentúa en el caso de los grandes creadores; su adscripción al concepto de tipicidad y a la categoría de totalidad, entre otras, nos hablan claramente de unos presupuestos que llenan las páginas de *Poesía, realisme, història* y justifican su famosa antología sancionadora de la poesía realista y social, *Veinte años de poesía española (1939-1959)*, de tan favorable acogida que conoció una nueva edición aumentada y con nuevo título (Castellet, 1965). Luego evolucionaría hacia nuevas vías de indagación literaria y novísimos dominios creadores de estudio. Ahora bien, no

debe olvidarse que Castellet no ha querido apartarse con su obra crítica toda «de la más estricta contemporaneidad ni de las implicaciones sociológicas, ideológicas y políticas de la literatura de nuestro tiempo» (Castellet, 1976: 6). Creo que, a pesar de la crítica efectuada por el «Equipo Editorial de *Comunicación*» en 1970, sin que se ignoren ciertas simplificaciones, etc., su lectura de Lukács, su conocimiento de Goldmann y della Volpe, con cuya respectiva obra teórica la teoría marxista del arte y la literatura alcanzan una mayor complejidad, resultó un paso firme en el proceso de renovación de los estudios literarios que por entonces estaba larvándose y que el citado «Equipo»¹⁰ insistía en pedir tras criticar la teoría y crítica sociologista del momento, incluida la de Castellet:

En resumen, en nombre de un pensamiento sociologista se alumbraba una concepción mecanicista de las relaciones entre la sociedad y la cultura. En nombre de un «arte de urgencia» se esquematizaban esas relaciones y con ellas la realidad histórico-social que expresaban. Naturalmente, sería injusto confundir (ni siquiera mezclar) los presupuestos ético-políticos que movían intencionalmente estas búsquedas con el nivel de los resultados obtenidos: el social realismo y la crítica sociologista. Pero, por lo mismo, sería impropio también impugnar globalmente presupuestos y resultados [...] [Lo que se debe hacer es] elaborar una teoría de las citadas relaciones infraestructura-superestructura, investigar la complejidad e intersección de los niveles, analizar la condición efectiva del lenguaje artístico y literario, etc., trabajo en el que aquellos presupuestos ético-políticos satisfarán sus exigencias («Equipo», 1970: 34-35).

En realidad tal renovación se estaba haciendo ya, como lo demuestra el libro de uno de los destacados miembros del «Equi-

10. El «Equipo» estuvo integrado inicialmente—a partir de 1973 habría nuevas incorporaciones y otros cambios—por Alberto Corazón, Alberto Méndez, Juan Antonio Méndez y Valeriano Bozal, habiendo sido estudiada su influencia y crítica combativa por Martínez Romero (1989: 59-62).

po», *El lenguaje artístico*, de Valeriano Bozal, en el que somete a crítica la estética hegeliana de Lukács y Goldmann, revisa las concepciones estéticas de Marx y Engels, analiza el sociologismo y, en una segunda parte, se centra en problemas teóricos del lenguaje artístico, así como de la dialéctica histórica y de la dialéctica artística.

En fin, este marxismo «de tradición oral» y esa poética realista terminan agotándose ante el imparable avance de la situación social española en todos los órdenes. Estamos en los últimos años de la década de los sesenta. Ya se han traducido y, en su caso, prologado trabajos de Marx y Engels, Lukács, Brecht, Benjamin, Goldmann, Gramsci, della Volpe, Bajtín, Althusser, entre otros, que coexisten con un importante número de traducciones de teoría lingüística estructuralista. Son años de renovación y de superación de una precariedad teórica, como ha estudiado Carmen Martínez Romero (1989), años de debates y polémicas entre teóricos formalistas y contenidistas, años de negación del más plano sociologismo marxista y de búsqueda de nuevas perspectivas marxistas, años de aparición de los al principio referidos trabajos de nítido perfil sociológico extrínseco (*vid.* Mainer, 1973), años de apertura cultural y política. Son los años en que todo es posible. Incluso los años en que se hablaba de una «moda Goldmann»:

De otra parte, hay que señalar la explosión de la «moda Goldmann» que a finales de los años sesenta era un reguero de pólvora en las facultades de letras españolas, lo que hizo del importante sociólogo de la Escuela de Altos Estudios Prácticos de París el autor más citado del congreso de Zaragoza [I Encuentro de Sociología de la Literatura, 25-27 de marzo de 1971] y el más monográficamente tratado (por decirlo así) en esos años, aunque desde diversas perspectivas (Garrido Gallardo, 1982: 40).

Después vendrían las palinodias; la búsqueda de nuevos y, a veces, más complejos caminos; también, los ajustes de cuentas del tipo del practicado por Juan Benet con la poética social-realista y

en general con los estudios literarios y el «Equipo Editorial de *Comunicación*», con el que la vieja sociología hecha sin saberlo de los miembros de la Escuela Española de Filología y sus deudores, así como la crítica del realismo social, etc. serían criticados a partes iguales (*vid.* Mainer, 1973). Estaban instalándose los años novísimos, no menos fáciles que los anteriores, que propiciarían los debates entre marxismo, humanismo y ahumanismo, entre marxismo, ideología y ciencia, entre ideología y signo ideológico, entre realismo y antirrealismo, entre reflejo y homología, etc., un tiempo de plural despliegue de la razón, del arte y de la actividad política que anunciaba el fin de muchos dogmatismos, así como el de la pesadilla franquista. Lo que ocurrió después hasta este tiempo nuestro de postmarxismo y crítica de la cultura merece una atención particular y un nuevo balance.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- ABAD, Francisco, *Literatura e historia de las mentalidades*, Madrid, Cátedra, 1987.
- ABELLÁN, José Luis, *Historia crítica del pensamiento español*, 8 vols., Barcelona, Círculo de Lectores, 1993.
- ÁLAMO FELICES, Francisco, *La novela social española. Conformación ideológica, teoría y crítica*, Almería, Universidad de Almería, 1996.
- ALBIAC, Gabriel *et alii*, *Bibliografía sobre marxismo y revolución*, Madrid, Dédalo, 1978.
- ARAQUISTÁIN, Luis, *La batalla teatral*, Madrid, Mundo Latino, 1930.
- , *El pensamiento español contemporáneo*, Buenos Aires, Losada, 1962.
- , *Marxismo y socialismo en España*, Barcelona, Fontamara, 1980.
- AULLÓN DE HARO, Pedro, *Los géneros ensayísticos en el siglo XX*, Madrid, Taurus, 1987.
- AYALA, Francisco, *El escritor en su siglo*, Madrid, Alianza, 1990.

- AZNAZ SOLER, Manuel, *II Congreso Internacional de Escritores Antifascistas (1937)*, vol. II: *Pensamiento literario y compromiso antifascista de la inteligencia española republicana*, Barcelona, Laia, 1978.
- BIZCARRONDO, Marta, *Araquistáin y la crisis socialista en la II República. «Leviatán» (1934-1936)*, Madrid, Siglo XXI, 1975.
- BLANCO AGUINAGA, Carlos, Julio RODRÍGUEZ PUÉRTOLAS e Iris M. ZAVALA, «Explicación previa», en *Historia social de la literatura española (en lengua castellana)*, Madrid, Castalia, 1978, 1, pp. 9-39.
- BOZAL, Valeriano, *El lenguaje artístico*, Barcelona, Península, 1970.
- BROTEL, Jean François y Serge SALAÜN, eds., *Creación y público en la literatura española*, Madrid, Castalia, 1974.
- CARNERO, Guillermo, «Precedentes de la poesía social de la posguerra española en la anteguerra y en la guerra civil», *Boletín Informativo de la Fundación «Juan March»*, 128, julio-agosto, 1983, pp. 3-20.
- CASAS, Arturo, «Guerra civil: Compromiso e independencia», en *La teoría estética, literaria y teatral de Rafael Dieste*, Santiago de Compostela, Universidade de Santiago de Compostela, 1997, pp. 381-464.
- CASTELLET, Josep M., *Un cuarto de siglo de poesía española (1939-1964)*, Barcelona, Seix-Barral, 1965.
- , *Literatura, ideología y política*, Barcelona, Anagrama, 1976.
- , *L' hora del lector. Seguido de Poesia, realisme, història*, Barcelona, Edicions 62, 1987.
- CELAYA, Gabriel, *Poesía y verdad (Papeles para un proceso)*, Pontevedra, Litoral, 1959; Barcelona, Planeta, 1977, segunda edición corregida y aumentada.
- , *Inquisición de la poesía*, Madrid, Taurus, 1972.
- CHICHARRO, Antonio, *La teoría y crítica literaria de Gabriel Celaya*, Granada, Universidad de Granada, 1989.
- , «La teoría de la crítica sociológica», en Pedro AULLÓN DE HARO, coord., *Teoría de la crítica literaria*, Madrid, Trotta, 1994, pp. 387-453.

- , «El espacio de la sociología literaria: Cuestiones epistemológicas», en Antonio SÁNCHEZ TRIGUEROS, dir., *Sociología de la literatura*, Madrid, Síntesis, 1996, pp. 11-24.
- , *De una poética fieramente humana*, Granada, Diputación de Granada, 1997, col. «Maillot Amarillo».
- , «Poéticas rehumanizadoras en la España del medio siglo: La Antología Consultada de la Joven Poesía Española», en Manuela Ledesma Pedraz (ed.), *Ensayo y creación literaria. I Seminario del Aula de Literatura Comparada*, Jaén, Universidad de Jaén, 1998a, pp. 15-34.
- , «La noción «Vestíbulo de la Historia» en el joven Miguel de Unamuno (Lectura de un artículo sobre Taine)», en *Estudios en honor del profesor Josse de Kock* (reunidos por N. Delbecque y C. de Paepe con motivo de su jubilación), Leuven (Belgium), Leuven University Press, 1998b, pp. 639-646.
- , «Modelo estructuralista genético y estudios teóricos generales sobre literatura y sociedad en España», *Tropelías. Revista de Teoría de la Literatura y Literatura Comparada*, número doble 9/10, 1998-1999, pp. 125-140.
- , «Notas sobre el modelo estructuralista genético y el estudio de la novela en España», en José Enrique MARTÍNEZ FERNÁNDEZ (coord.), *Trilcedumbre. Homenaje al profesor Francisco Martínez García*, León, Universidad de León, 1999, pp. 133-143.
- COLLARD, Patrick, «Las primeras reflexiones de Ramón J. Sender sobre el realismo», en José-Carlos Mainer, ed., *Ramón J. Sender. In memoriam. Antología crítica*, Zaragoza, Diputación General de Aragón, 1983, pp. 87-94.
- , «La crítica teatral de Ramón J. Sender en los años treinta», en Dru DOUGHERTY y M^a Francisca VÍLCHE DE FRUTOS, eds., *El teatro en España entre la tradición y la vanguardia (1918-1939)*, Madrid, C. S. I. C. - Tasagres, 1992, pp. 189-193.
- DÍAZ, Elías, «La filosofía marxista en el pensamiento español actual», *Cuadernos para el Diálogo*, 63, 1968, pp. 9-13.
- , *Notas para una historia del pensamiento español actual (1939-1975)*, Madrid, Edicusa, 1978.

- DÍAZ FERNÁNDEZ, José, *El nuevo romanticismo. Polémica de arte, política y literatura*, Madrid, Zeus, 1930; ed. de J. M. López de Abiada, Madrid, José Esteban Editor, 1985.
- EQUIPO EDITORIAL DE COMUNICACIÓN, «La crítica literaria en España», *Cuadernos para el Diálogo*, XXIII, Extra, diciembre, 1979, pp. 31-37.
- ESTEBAN, José y SANTONJA, Gonzalo, *La novela social (1928-1939). Figuras y tendencias*, Madrid, Ediciones de la Idea, 1987.
- , *Los novelistas sociales españoles (1928-1936). Antología*, Barcelona, Anthropos, 1988.
- FERNÁNDEZ, Eusebio, *Marxismo y positivismo en el socialismo español*, Madrid, Centro de Estudios Constitucionales, 1981.
- FERNÁNDEZ BUEY, Francisco, «Marxismo en España», *Sistema*, 66, 1985, pp. 3-24.
- FERNÁNDEZ CIFUENTES, Luis, *Teoría y mercado de la novela en España: del 98 a la República*, Madrid, Gredos, 1982.
- GARCÍA DE ENTERRÍA, M^a Cruz, *Literaturas marginadas*, Madrid, Playor, 1983.
- GARCÍA TORTOSA, Francisco *et alii*, *Literatura popular y proletaria*, Sevilla, Universidad de Sevilla, 1986.
- GARRIDO GALLARDO, Miguel Ángel, «La moderna Teoría Literaria en España (1940-1980)», en *Estudios de semiótica literaria (Tendencias de la Crítica en la actualidad vistas desde España)*, Madrid, C. S. I. C., 1982, pp. 27-47.
- GEIST, Anthony Leo, *La poética de la generación del 27 y las revistas literarias: de la vanguardia al compromiso (1918-1936)*, Madrid, Guadarrama, 1980.
- GINER, Salvador, «Virtudes e indigencias de la sociología española», en Josep M. CASTELLET *et alii*, *La cultura bajo el franquismo*, Barcelona, Ediciones de Bolsillo, 1977, pp. 133-155.
- GOYTISOLO, Juan, *Problemas de la novela*, Barcelona, Seix-Barral, 1959.
- GULLÓN, Germán, «El ensayo y la crítica», en José Luis ABELLÁN, *El exilio español de 1939. IV: Cultura y literatura*, Madrid, Taurus, 1977, t. IV, pp. 247-286.
- LECHNER, J., *El compromiso en la poesía española del siglo XX. Parte*

- primera. De la generación de 1898 a 1939*, Leiden, Universidad de Leiden, 1968.
- LITVAK, Lily, *Musa libertaria. Arte, literatura y vida cultural del anarquismo español (1880-1913)*, presentación de José Luis García Rúa, Madrid, Fundación de Estudios Libertarios Anselmo Lorenzo, 2001.
- LUZI, Alfredo, «Perspectivas actuales del método sociológico: lo literario y lo social», *Discurso*, 12/13, 1998/1999, pp. 89-102.
- MAINER, José-Carlos, «Sociología de la Literatura en España», *Sistema*, 1, septiembre, 1973, pp. 69-80.
- , «De historiografía literaria española: El fundamento liberal», en *Estudios sobre Historia de España (Homenaje a M. Tuñón de Lara)*, Madrid, Universidad Internacional Menéndez Pelayo, 1981, pp. 439-472.
- , «Notas sobre la lectura obrera en España (1890-1930)», en FRANCISCO GARCÍA TORTOSA *et alii*, *Literatura popular y proletaria*, Sevilla, Universidad de Sevilla, 1986, pp. 53-123.
- , *Historia, literatura, sociedad*, Madrid, Instituto de España-Espasa Calpe, 1988; *Historia, literatura, sociedad (y una coda española)*, Madrid, Biblioteca Nueva, 2000.
- , «La invención de la literatura española», en José María ENGUIA y José-Carlos MAINER, *Literaturas regionales en España*, Zaragoza, Institución Fernando El Católico, pp. 23-45.
- MARTÍNEZ ROMERO, Carmen, *El pensamiento teórico-literario español (1965-1975)*, Granada, Departamento de Lingüística General de la Universidad de Granada, 1989.
- MATEO GAMBARTE, Eduardo, *Diccionario del exilio español en México (De Carlos Blanco Aguinaga a Ramón Xirau)*. *Biografías, bibliografías y hemerografías*, Pamplona, Eunete, 1997.
- MEGÍAS CILLERO, José Ramón, *El plano autobiográfico, el problema de la expresión y los territorios en El eco de los pasos, de Juan García Oliver*, Granada, Universidad de Granada, 1998 [Tesis Doctoral dirigida por Antonio Chicharro].
- MIGNOLO, Walter, *Teoría del texto e interpretación de textos*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1986.

- MOLINA, César Antonio, *Medio siglo de prensa literaria española (1900-1950)*, Madrid, Endymión, 1990.
- NÚÑEZ, Diego, *La mentalidad positiva en España. Desarrollo y crisis*, Madrid, Júcar, 1975.
- NÚÑEZ, Diego y RIBAS, Pedro, *Unamuno: Política y filosofía. Artículos recuperados (1886-1924)*, Madrid, Fundación Banco Exterior, 1992.
- PORTOLÉS, José, *Medio siglo de Filología Española (1896-1952)*, Madrid, Cátedra, 1986.
- RIBAS, Pedro, *La introducción del marxismo en España (1869-1939). Ensayo bibliográfico*, Madrid, Ediciones de la Torre, 1981.
- , *Aproximación a la historia del marxismo español (1869-1939)*, Madrid, Endymión, 1991.
- RIEZO, Jorge, *Teoría sociológica de lo literario*, Salamanca, Ed. San Esteban, 1993.
- RUBIO, Fanny y URRUTIA, Jorge, «Introducción» a Leopoldo de Luis, *Poesía social española contemporánea. Antología (1939-1968)*, Madrid, Biblioteca Nueva, 2000, pp. 9-175.
- SALAS ROMO, Eduardo Alejandro, *J. M. Castellet, teórico y crítico literario*, Granada, Universidad de Granada, 1998 [microfichas].
- , «Evolución del pensamiento teórico-crítico de José María Castellet», *Revista de Literatura*, 124, 2000, pp. 515-522.
- SALOMON, Noël, «Algunos problemas de sociologías de las literaturas de lengua española», en Jean François BROTEL y Serge SALAÜN, eds., *Creación y público en la literatura española*, Madrid, Castalia, 1974, pp. 15-39.
- SÁNCHEZ TRIGUEROS, Antonio, dir., *Sociología de la literatura*, Madrid, Síntesis, 1996.
- SÁNCHEZ VÁZQUEZ, Adolfo, *Las ideas estéticas de Marx (Ensayo de estética marxista)*, México, Era, 1965.
- , «Mi obra filosófica», *Anthropos*, 52, agosto, 1985, pp. 7-9.
- , ed., *Estética y marxismo*, 2 vols., México, Era, 1970.
- SÁNCHEZ VIDAL, Agustín, «La literatura entre pureza y revolución: el teatro», en FRANCISCO RICO, dir., *Historia y crítica de la li-*

- teratura española. VII: Época contemporánea: 1914-1919*, ed. de Víctor G. de la Concha, Barcelona, Crítica, 1984, pp. 713-727.
- SANTONJA, Gonzalo, *Del lápiz rojo al lápiz libre*, Barcelona, Anthropos, 1986.
- , *La República de los libros. El nuevo libro popular de la II República*, Barcelona, Anthropos, 1989.
- SASTRE, Alfonso, *Drama y sociedad*, Madrid, Taurus, 1956; Hondarribia, Hiru, 1994, segunda ed.
- , *Anatomía del realismo*, Barcelona, Seix-Barral, 1965; 1974, segunda ed.
- SENDER, Ramón J., *Teatro de sombras*, Valencia, Orto, 1932.
- SOBEJANO, Gonzalo, «La situación actual de la crítica literaria en España», *Levende Talen*, 213, 1961, pp. 74-92.
- SORIA OLMEDO, Andrés, «Presentación e inventario de *Octubre*», *Letras del Sur*, 1, enero-febrero, 1978, pp. 3-5.
- TUÑÓN DE LARA, Manuel, *Medio siglo de cultura española (1885-1936)*, Madrid, Tecnos, 1977.
- UNAMUNO, Miguel de, *Obras Completas* (edición de M. García Blanco), 16 vols., Madrid, A. Aguado, 1958-1961.
- VÁZQUEZ MONTALBÁN, Manuel, «Castellet o la ética de la infidelidad», *Triunfo*, 446, 19, diciembre, 1970, pp. 28-29.
- YNDURÁIN, Francisco, «Sociología y literatura», en *De lector a lector*, Madrid, Escelicer, 1973.